

Sostener

Es la penúltima hora de esta noche,
el silencio quebrado a ratos por los quejidos de mi madre,
el sonido del fuego sobre las paredes de un jarro o una gota
escapada agolpan mis sensaciones vespertinas.
Todo el día he ignorado la temperatura del mar en febrero.
En la hierba sin cortar del traspatio me he tendido boca arriba,
esta lasitud que me doblega toma forma en un hilo de baba
que escapa de mi boca.
Todo se pudre: grilletes y celadores.
Abro mi cuaderno a pesar de la oscuridad,
busco asomarme a esos delirios.
El miedo reposa entre mis pies.
Es una dócil atadura sobre mi lengua
ante la frivolidad de estos aullidos.
Sabe como nadie de las esperas tras la puerta
hasta cebar la lujuria que nos sostiene.